

Margaret Mead: todo es antropología

Winthrop Sargeant

Dos de las obras marginales de Margaret Mead (1901-1978) habrían bastado para conferirle un lugar relevante en la historia del desarrollo de la antropología: la antología de escritos de su maestra Ruth Benedict, *An Anthropologist at Work* (1959), y *The Golden Age of American Anthropology* (1960), otra antología que preparó con ayuda de Ruth L. Bunzel. El hecho es que estos dos trabajos gozan de cabal marginalidad mientras que el resto de sus libros, algunos bajo el estatuto de clásicos de la disciplina, tal vez se leen todavía menos de lo que se les aprecia. Mead llegó a Franz Boas en los novecientos veinte, como nuestra Anita Brenner (1905-1974), y sus enseñanzas en Columbia University la marcaron para siempre. Winthrop Sargeant preparó este perfil de la doctora Mead a mediados del siglo xx, cuando ella era una especie de ícono entre algunas comunidades letradas. Se publicó en la entrega del 30 de diciembre de 1961 de la revista *The New Yorker*. Nota y traducción de Antonio Saborit.

EN 1928 UNA PRECOZ y atractiva antropóloga de veintiséis años, de muy frágil apariencia, llamada Margaret Mead, publicó un libro titulado *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*,¹ que impuso ciertas marcas para un libro de su tipo. En primer lugar porque se volvió un *best seller* (de hecho, se ha reimpresso al menos doce veces, en distintas ediciones, durante los pasados treinta y tres años, y sigue en catálogo en edición rústica), porque, además, era muy diferente a la mayoría de los otros libros antropológicos, puesto que su lectura no era tediosa: está escrito en un inglés llano y vivo. Aparte, se trató de algo más que una mera presentación de datos sobre las costumbres sexuales y la organización familiar en una sociedad notablemente apacible y amistosa de los Mares del Sur, pues relacionó sus conclusiones con fenómenos análogos en los Estados Unidos de hoy, y hacía notar que los estadounidenses podían

¹ Margaret Mead, *Coming of Age in Samoa. A Psychological Study of Primitive Youth for Western Civilization*, Nueva York, William Morrow & Company, 1928. (N. del T.)



sacar provecho del estudio de las actitudes más relajadas y menos frustrantes de las adolescentes de Samoa. Algo de la notable popularidad de *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa* surgió sin duda del hecho de que abordó abiertamente el relevante, siempre fascinante y muchas veces velado tema del sexo. Pero los lectores en busca de erotismo debieron decepcionarse pues el libro era un trabajo sobrio y minucioso, atento al esquema total de la conducta social en Samoa, y cerraba con un llamamiento en favor de una mayor elasticidad en las costumbres estadounidenses no sólo en relación con el sexo sino con la educación de los niños, sus relaciones con los padres y las relaciones de ambos con la sociedad en general.

Desde la publicación de ese libro, el cual lanzó a su autora a una prominencia súbita tanto dentro como fuera de los círculos científicos, Margaret Mead se ha vuelto la figura más ampliamente aclamada de su profesión. La aclamación ha ido mezclada aquí y allá con críticas muy severas de parte de antropólogos más académicos. Los mismos rasgos que hicieron popular entre el público general a *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa* —su claridad y la insistencia en el papel de la antropología como una fuente de lecciones provechosas para el mundo civilizado— resultaron rasgos nada ortodoxos y científicamente impuros para algunos antropólogos. La doctora Mead, quien habría de producir una pequeña biblioteca de estudios similares sobre las sociedades de los Mares del Sur —y al mismo tiempo persistió muy tenazmente en su adicción a un lenguaje legible y a hacer comparaciones entre Melanesia y la propia Calle Principal—, recibió frecuentes denuncias como “impresionista”, por su aproximación intuitiva a su tema, y como “periodista”, porque “periodista” es el peor epíteto que un antropólogo le puede acomodar a otro. A estos ataques, que se dieron en la sección de reseñas de libros de diversas publicaciones especializadas, la doctora Mead contestó invariablemente con alguna pasión, ganándose además otros epítetos como “el petrel de la antropología”. Pero a la larga esos alborotos gremiales resultaron poca cosa. Lenta y firmemente la doctora Mead se consolidó como una de los pensadores más importantes del mundo. En monografías absolutamente científicas demostró una y otra vez que cuando le daba la gana era capaz de escribir tan técnica y críticamente como cualquiera, pero en sus obras más populares persistió en su cruzada por llevar la antropología a la casa del lector de instrucción promedio y por convertirla de ciencia distante en herramienta práctica para la terapia social. Detrás de todas sus arduas investigaciones en las culturas primitivas de las junglas exóticas estaba la mente de una mujer sumamente civilizada, consciente de las tendencias mundiales en política, economía,



psicología y sociología, y ansiosa por hacer que su obra abordara con realismo los problemas del presente.

Este papel más amplio que asumió la doctora Mead la metió en un torbellino de actividades. Sus obras publicadas entrañan millones de palabras. (Escritora sumamente diestra, se le conoce por acabar el manuscrito de un libro en sólo veinticuatro días.) Es una escritora torrencial de artículos y de cartas al editor para revistas populares, así como de memorias y monografías científicas. Es una incansable evangelista pública en favor de las ciencias sociales y de la conducta que ha llegado a impartir hasta ochenta conferencias anuales en colegios y ante amplios públicos populares en todo Estados Unidos, Europa y Australia. Participa en incontables paneles científicos y asiste a innumerables simposios y congresos, el más reciente de los cuales la llevó hasta Crimea a discutir sobre relaciones internacionales. En repetidas ocasiones ha sido asesora de las agencias gubernamentales de Estados Unidos en proyectos que van de la nutrición a la salud mental. Y aparte de todo lo anterior, por muchos años ha ostentado los cargos académicos oficiales de curadora asociada de etnología en el American Museum of Natural History y de profesora adjunta de Antropología en la Universidad de Columbia. Estos dos trabajos la ponen en contacto con gran cantidad de jóvenes antropólogos, cuyos escritos lee y cuyos proyectos discute con paciencia e interés constante. “Por suerte”, señaló hace poco, “soy capaz de hacer cosas en dosis bastante intensas”. Las dosis, al parecer, no sólo son intensas; son gargantuescas.

La doctora Mead tiene hoy sesenta años, su figura es sumamente efusiva e irradia el aire de autoridad que resulta de estar en comunicación, por muchos años con estudiantes, antropólogos y otra gente que ha podido sacar provecho de ello. Debido a su ingreso precoz al gremio, muchos de sus lectores asumen que es mayor, y por el aire de monumentalidad en el podio del conferenciante muchos de sus escuchas asumen que es una mujer muy alta, si bien apenas supera el metro y medio de altura. Este efecto de monumentalidad lo incrementa una actitud muy positiva, sin palabrerías, hacia su trabajo y hacia sus escuchas, pero nada en ella sugiere solemnidad científica o esnobismo. La doctora Mead detesta lo que llama “cientifismo” (“hacer ruido como científico”). Todo el tiempo batalla por darse a entender con claridad, empleando un vocabulario rico en expresiones vernáculas, y hasta en modismos, y tiene el don de los políticos para fascinar. Es sólida y casi agresivamente estadounidense; muchas veces —tal vez de manera deliberada— pronuncia mal palabras en otra lengua, siendo una de las más frecuentes *memoir* la cual le sale, necia y desafiantemente anglicada, como “mimir”.

La doctora Mead tiene hoy sesenta años, su figura es sumamente efusiva e irradia el aire de autoridad que resulta de estar en comunicación, por muchos años con estudiantes, antropólogos y otra gente que ha podido sacar provecho de ello.

La mente de la doctora Mead, de hecho, se podría describir como la de una antropóloga total, así como se habla de una guerra total. Todo lo que ella lee en el Times (el cual agota regularmente a diario) se acomoda en relación con la teoría antropológica.

En términos físicos, lo más impresionante de la doctora Mead es su reserva, al parecer, inagotable de energía. Es agilísima y al caminar balancea sus brazos como miembro de las guardias de Coldstream; cuando está en lo que para ella pasa por descanso, tirada en una silla o incluso recostada en un diván como odalisca, es capaz de enderezarse gesticulando para enfatizar con ímpetu algo que dice en el flujo incontenible de la charla. Su aire general de inquietud remite a una valquiria madura y de una gran inteligencia; una imagen que ella misma ha fortalecido últimamente al emplear una garrocha dentada para ayudarse a caminar por la ciudad, pues sufrió una fractura de tobillo al resbalar en casa de una amistad. “Ese tobillo siempre me lo ando rompiendo”, dijo con impaciencia a alguien que la visitó hace poco, pero la fractura no le parece ni siquiera una inconveniencia y no le impide ir y venir todos los días al Museum of Natural History. Los hábitos de vestir de la doctora Mead han sido descritos como tan desenfadados que rayan en el descuido. Es adicta a los pulcros y simples vestidos estampados de tipo funcional, y casi siempre usa alrededor de su cuello un amplio cristal pendiente de una cadena, en uno de sus dedos de la mano izquierda un anillo de plata con una estrella de zafiro que le hicieron en Bali, y un reloj de pulsera en la muñeca izquierda. Su pelo es corto, canoso, quebrado y de raya en medio, lo que le da un ligero aire de maestra de escuela, incrementado muchas veces con un par de anteojos sin montura. Sin embargo, la doctora Mead se interesa más en lo que piensa que en cómo se ve, y detrás de los lentes y de su naturalidad sartorial su mente avanza siempre rápido y alegremente por un laberinto de proyectos e ideas, algunos de las cuales tienen que ver con el problema —siempre actual— de conseguir fondos para la investigación antropológica, otros, relacionados con sus propias aportaciones a la ciencia, y otros más, relativos a la aplicación de la ciencia a asuntos de los que informó la prensa el día de ayer. La mente de la doctora Mead, de hecho, se podría describir como la de una antropóloga total, así como se habla de una guerra total. Todo lo que ella lee en el *Times* (el cual agota regularmente a diario) se acomoda en relación con la teoría antropológica. A la luz de la ciencia ella examina las causas de las guerras y de las revoluciones y el ascenso y caída de las naciones. Lo mismo sucede con todas las minucias de su vida cotidiana. Es una auténtica lectora de ciencia ficción, a la que ve como síntoma cultural (“el verdadero folklore del futuro: el relevante material mitológico con el que se educan nuestros hijos”) y adora el teatro; cuando llegó a vivir a Nueva York asistió a no menos de cuarenta representaciones en una sola temporada. Asimismo le gusta leer poesía; ella misma es escritora de mucha poesía, y ha incursionado en la novela existencialista y

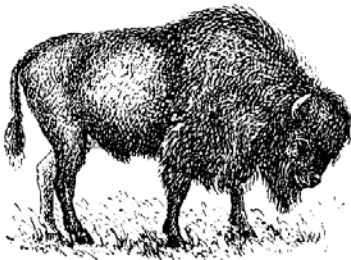
beatnik. Sin embargo, su actitud hacia todas estas lecturas misceláneas e idas al teatro está fuertemente teñida por sus intereses antropológicos. Su hábito de comparar la conducta de la gente en diversos ambientes sociales se cuele en casi todas sus actividades extracurriculares. Le gusta leer un libro y luego verlo transformado en una obra de teatro o en una película, para así poder calibrar la conducta del dramaturgo al lidiar con sus propios problemas técnicos. Por razones análogas, le gusta ver diferentes repartos en la misma obra de teatro. En una ocasión, de visita en Viena, asistió en la misma semana a dos representaciones del *Don Giovanni* de Mozart para ver cómo abordaban los mismos problemas dos conjuntos diferentes de cantantes. Capaz de decir con alegría: “El mundo entero es mi campo”; “Todo es antropología”.

Al igual que mucha de la gente notable de la ciudad de Nueva York, la doctora Mead vive en Greenwich Village, en donde ha residido, entre viajes de expedición y de congresos, por unos veinte años. Su actual domicilio, en Waverly Place, es en la típica casa anticuada de ladrillos rojizos; le renta los dos pisos bajos a la doctora Rhoda Métraux, amiga y colega antropóloga que vive arriba y quien trabaja con ella en algunos proyectos hoy en curso. “No quiero poseer, proyectar o construir nada”, señaló hace poco la doctora Mead, con su aire terminante característico. Su parte de la casa le funciona de maravilla para dormir, trabajar y tener reuniones con otros colegas investigadores. Para su dicha tiene dos cocinas (“Siempre he pensado que las cocinas extra son más útiles que los baños extra”) y usa ambas. “Me encanta cocinar”, dijo no hace mucho. “Nunca cocino sólo para mí, pero me gusta preparar cosas para las visitas. Puedo improvisar cosas muy sabrosas, en su mayoría recetas de arroz con un ligero toque indonesio”. La mayoría de quienes las han probado concuerdan en que de verdad son muy buenas, y las cenas, junto con reuniones más formidables —ella y la doctora Métraux a veces tiran la casa por la ventana en reuniones de doscientos amigos y alumnos—, contribuyen a un notable flujo de sociabilidad, que la doctora Mead, una mujer sumamente gregaria, encuentra de lo más grato. Tiene unos cincuenta parientes, con quienes está en correspondencia y a veces recibe en casa, y tiene todo un ejército de amistades, que van de poetas, profesores y lo que ella denomina “conocidos de panel”, a gente común y corriente de familia, cuyos hijos son de un gran interés para ella. “De hecho, conservo todos mis amigos desde cuarto de primaria”, dijo hace poco. “Tengo una vida completa con amigos en Australia e Inglaterra también. Elijo a mis amigos por su temperamento, sin detenerme en los éxitos. Conozco a una gran variedad de disidentes, gente interesante pero que no tiene la formación o la



educación para salir adelante en el gremio, o gente que acaba de llegar al país. Mis parientes tienen posturas políticas en extremo distantes, pero eso no me importa. A mí me gusta comunicarme con las personas nada más”. La sala de su casa está amueblada confortablemente pero sin conciencia particular alguna de un estilo y no tiene ninguno de los escudos y lanzas tribales y otros trofeos semejantes que se podría esperar. Sobre la chimenea tiene una indescriptible vista marina de Nueva Inglaterra, en un muro hay una reproducción de un buen retrato femenino de Holbein, y por toda la estancia hay numerosas fotos de parientes y colegas; al final uno se queda con la impresión de que la doctora Mead está más interesada en las personas que en el arte. Un gran librero está lleno de volúmenes maltratadísimos de antropología, viajes y psicología, más algunos clásicos y una cantidad considerable de poesía.

La otra habitación permanente de la doctora Mead, su oficina en el piso superior del Museum of Natural History, igualmente carece de objetos que atrapen la vista, y está mucho más abarrotado, con varios escritorios y una gran acumulación de datos científicos metidos en archiveros y libreros de piso a techo. Antes de mudarse a esta oficina, hace unos treinta y cinco años, había sido el lugar del ingeniero en jefe del museo. Queda muy alejada del elevador más inmediato, luego de corredores bastante deprimentes, y es horriblemente caliente en verano —una circunstancia que apenas preocupa a la doctora Mead, cuyas estancias en los trópicos la han convertido en una suerte de *connoisseur* del calor. Allí, rodeada de una media docena de jóvenes estudiantes de antropología que hacen de sus asistentes y a quienes emociona obviamente el privilegio de trabajar de cerca con tan gran monumento científico. Ella se sienta ante un escritorio repleto, como el asediado y competente editor de la sección metropolitana de un diario, lee y escribe y preside una gran actividad. El trabajo que aquí realiza incluye la organización de programas de conferencias y simposios científicos; la lectura de trabajos escritos por jóvenes aspirantes a ser antropólogos; la coordinación de proyectos de investigación, en los que ella colabora en la actualidad con muchísimos colegas profesionales; la supervisión de las colecciones etnográficas de Oceanía del museo; la preparación de monografías y la organización de exposiciones; y una buena parte a su escritura. El rasgo más sobresaliente del lugar es su falta de privacidad. Al parecer la doctora Mead puede escribir donde sea y tecleando su máquina está como en casa en los ambientes más ruidosos. Esta insensibilidad a los distractores se deriva sin duda, hasta cierto punto, de su disciplina en el trabajo de campo. “Es muy cansado estar en cuclillas junto a la hoguera de un pueblo durante cuatro horas con el humo en los ojos y



tomando notas a la vez que se piensa en las preguntas adecuadas y se juzga la personalidad de los propios informantes primitivos, pero eso es parte del trabajo”, comentaba a un amigo no hace mucho tiempo. Y daba a entender que para quien sea capaz de hacer eso las distracciones de la vida en el Departamento de Antropología del museo entrañan pocos terrores.

La osadía de la doctora Mead, su ecuanimidad ante el caos, el puritanismo de su gusto y su necio pragmatismo —así como su intensa actividad intelectual— bien se pueden relacionar con su educación en una familia intelectualmente progresista de gente del Medio Oeste cuyos antepasados se remontan unas diez generaciones en suelo estadounidense. Aunque como científica ni la convención ni la tradición la inhiben en algo, hay ciertas cosas en ella que reflejan sus profundas raíces nacionales. Por ejemplo, es una fiel devota episcopal; asiste regularmente a misa en la capilla de San Lucas en la ciudad de Nueva York y sigue siendo miembro de la iglesia del condado de Bucks, donde recibió su confirmación hace muchos años. Y aunque su trabajo la pone en contacto constantemente tanto con sabios europeos como con personas de tribus primitivas, conserva un aire incondicionalmente estadounidense que no es ni desafiante ni apoloético. Nació en Filadelfia. Su padre, Edward Sherwood Mead, fue un economista que dio clases en la Universidad de Pensilvania y sacó gran cantidad de libros sobre temas como finanzas corporativas, aunque en privado se permitía opiniones nada ortodoxas para un economista de su tiempo, entre ellas, que los impuestos debían ser más altos con el fin de proveer de mayores fondos a la educación. Su madre fue socióloga y militante feminista que salió del Medio Oeste para realizar un trabajo de posgrado en la universidad y fue una estudiosa temprana de las comunidades de inmigrantes en los alrededores de Nueva Jersey. Su abuela paterna, quien ejerció una gran influencia en la primera juventud de la doctora Mead, fue profesora con un agudo interés en la psicología infantil. Algunas fotos viejas que la doctora Mead tiene en su casa en Greenwich Village muestran que tenían un digna apariencia clásica, a la manera del *American Gothic* de Grant Wood, si bien su madre era notablemente bella. Margaret Mead fue la mayor de cinco hijos. Su único hermano se hizo economista en la Graduate School of Business Administration de la Universidad del Sur de California, y en la actualidad goza de una licencia en Pakistán. Una hermana murió recién nacida; otra, la esposa del escritor Leo Rosten, se dedicó a su familia hasta su muerte en 1959; y la tercera, quien alguna vez estuviera casada con el caricaturista William Steig, es pintora y maestra de arte en Manhattan. “Fui una niña muy feliz”, recordaba hace poco la

Algunas fotos viejas que la doctora Mead tiene en su casa en Greenwich Village muestran que tenían un digna apariencia clásica, a la manera del American Gothic de Grant Wood, si bien su madre era notablemente bella.

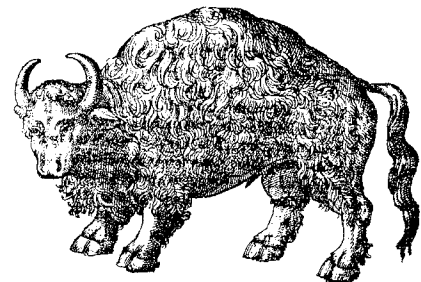
Boas y sus alumnos estaban en una carrera contrarreloj y sus investigaciones fueron de la mayor importancia, pues una vez que las sociedades remotas y aisladas del mundo eran permeadas por las costumbres y las actitudes de la civilización, se perdía para siempre un vasto y único laboratorio para el estudio de las variaciones de la conducta humana.

doctora Mead, “y mi único trato fue con mujeres muy bien preparadas”. A los ocho años su abuela la puso a trabajar en la realización de un estudio sistemático de los hábitos del lenguaje de sus hermanas menores. Esta temprana incursión en el método científico, junto con el trabajo constante de sus mayores en proyectos de investigación de uno u otro tipo (en Hammon-ton, Nueva Jersey, donde la familia vivió durante un tiempo, su madre realizó un estudio sociológico de la población italiana, y más adelante la doctora Mead hizo de la misma población el tema de su tesis de maestría en Psicología) la familiarizaron con el trabajo de campo que parece haber establecido un patrón de vida. Asistió a varias escuelas en Doylestown y en New Hope, Pensilvania; por un tiempo consideró ser pintora y poeta; y luego ingresó a la Universidad DePauw, en Greencastle, Indiana, con la idea de dedicarse a la literatura inglesa. Al cabo de un año ahí, sin embargo, se mudó a la ciudad de Nueva York para ir a Barnard College, y aquí, en 1923, en su último año, tomó la clase de Antropología que impartía Franz Boas, la cual fijó de manera irrevocable sus ambiciones.

La antropología entonces —cuando menos en Estados Unidos— era una ciencia sumamente joven y desorganizada, llena de aficionados, literatos, viajeros y exploradores sin formación alguna, aparte, claro está, de unos cuantos académicos dedicados y sistemáticos. Le tocó a Franz Boas —un académico amable, de apariencia harto leonina, con un agresivo bigote, quien unos años antes llegara de su natal Alemania— el colocar la disciplina sobre una base científica firme, poniendo los cimientos sobre los que trabajó toda una generación de antropólogos americanos. Boas fue un pensador serio y una persona que planteaba con amabilidad preguntas que requerían urgentemente de respuestas y que estaba obsesionado con los problemas vitales de estudiar las culturas primitivas del mundo que estaban desapareciendo rápidamente antes de que las arrasara la uniformidad de la civilización moderna. Boas y sus alumnos estaban en una carrera contrarreloj y sus investigaciones fueron de la mayor importancia, pues una vez que las sociedades remotas y aisladas del mundo eran permeadas por las costumbres y las actitudes de la civilización, se perdía para siempre un vasto y único laboratorio para el estudio de las variaciones de la conducta humana. Cosas tales como la diferenciación convencional que hacemos entre los roles de los sexos y las formas de educar a nuestros hijos ¿son resultado del instinto o asuntos condicionados socialmente? ¿Qué tan maleable es eso que llamamos naturaleza humana? Las respuestas a estas preguntas en buena medida están en la investigación minuciosa de lo que hacen los seres humanos en sociedades con una orientación diferente a la nuestra, y tales sociedades, ubicadas en el aislamiento ade-

cuado para estudiarlas con provecho, son cada vez más escasas en el mundo moderno. La necesidad urgente en la época en la que Boas dio clases en Barnard y en Columbia estaba en el trabajo de campo intensivo y amplio que registrara lo más posible sobre estas culturas amenazadas. El propio Boas se refirió a esta tarea como “operación de rescate”. El dinero para realizarlo nunca fue mucho, y exigía una gran dedicación de parte de los jóvenes científicos que, bajo su dirección, se exiliaron gustosos en junglas e islas remotas, muchas veces con los medios más elementales para subsistir física y espiritualmente. La operación sigue; apenas el verano pasado la doctora Mead escribió: “He vivido toda mi vida científica con la fuerte convicción de que nunca habría tiempo suficiente para rescatar a todas las culturas primitivas existentes antes de que les pasara por encima el tráiler de la civilización moderna”.

La vida como discípula de Boas acaso no fuera remunerativa, pero al parecer tuvo toda la emoción y la voluntad de auto sacrificio de una cruzada. La primera discípula de Boas —y su más incansable asistente— fue Ruth Benedict, una mujer curiosamente lejana y bella, infelizmente casada, quien, al igual que muchos antropólogos, llegó a la ciencia tras una carrera temprana como poeta y figura literaria, y que trajo a la antropología tanto el fervor de una sacerdotisa como la elegancia estilística de una escritora exigente. Bajo la combinada influencia de ambos, Margaret Mead se contagió. Sacó la maestría en la ciencia aliada de la psicología, en Columbia, e inmediatamente después, concluyó su trabajo para su doctorado en Antropología, escribiendo como tesis un libro titulado “An Inquiry Into the Question of Cultural Stability in Polynesia”, basándose en los informes de campo de otros. Entonces tenía veintitrés años y estaba furiosamente impaciente por iniciar su propio proyecto de investigación. Pero tanto Boas como Ruth Benedict revisaron con cuidado las ambiciones de Mead. Era una joven comparativamente frágil y enviarla a trabajar sola entre tribus caníbales parecía un asunto muy riesgoso. Finalmente estuvieron de acuerdo en dejarla ir a Samoa, en parte porque los samoanos eran un pueblo pacífico y afable, y en parte porque esos servicios de la civilización que son los médicos y los policías estaban adecuadamente cerca para minimizar cualquier peligro a su salud y seguridad. Margaret Mead recibió una beca del National Research Council, un nombramiento como asociada del B. P. Bishop Museum, en Honolulu, y mil dólares de parte de su padre para financiar el viaje, y en 1925 abordó un barco de vapor en San Francisco con una máquina de escribir, un flash, una muda de ropa y una pequeña caja fuerte para guardar sus documentos y apuntes. Tras tomar algunas lecciones en gramática polinesia con un colega antropólogo en Honolulu,



Los manus resultaron un pueblo fascinante; tan fascinante, de hecho, que veinticinco años después la doctora Mead realizó una segunda visita a sus pueblos de la laguna con el fin de estudiar los efectos en sus vidas del contacto durante el tiempo de la guerra con japoneses, estadounidenses y australianos.

continuó hacia las islas de Samoa con una carta de presentación del cirujano general de la Marina al jefe médico de ahí, quien supuestamente debía cuidarla. Durante seis semanas vivió en el desvencijado hotel que fuera el escenario del cuento de Somerset Maugham, "Lluvia". (Era el primer hotel en el que ella se hospedaba.) Continuó su estudio del idioma con una enfermera samoana adscrita a la estación médica y descubrió que su memoria para sílabas sin sentido, adquirida durante su estudio infantil sobre los hábitos lingüísticos de sus hermanas, la ayudó considerablemente a hacerse de un vocabulario completamente ajeno a cualquier lengua moderna civilizada. Su vida, sin embargo, no era fácil. Los otros blancos en la isla la veían con suma desconfianza, vivió un huracán y contrajo una conjuntivitis que afectó sus ojos por años. Pero la conclusión de sus estudios, los cuales, a sugerencia de Boas, tenían que ver sobre todo con la conducta de las adolescentes samoanas, fue *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*.

Tras esta precoz proeza, Margaret Mead fue aceptada como antropóloga por méritos propios, capaz de tomar decisiones e ir a donde quisiera. Su siguiente salida al campo, en 1928, fue a un territorio más peligroso y desagradable: las abrasadoras islas del Almirantazgo, al norte de la costa de Nueva Guinea, en donde pasó unos ocho meses colaborando con el muy conocido antropólogo de Nueva Zelanda, Reo Fortune, y en donde la mayor parte del tiempo tuvo malaria. Aquí su tema fueron las relaciones sociales y sexuales de los manus, una pequeña tribu de pescadores y comerciantes, la cual vivía en las lagunas y tenía un intenso comercio con sus vecinos, usando dientes de perro y conchas a manera de dinero. Los manus eran furiosamente honestos y no se los podía engañar o engatusar. Ella descubrió que la mejor manera de acercárseles era decirles con franqueza y en términos que ellos pudieran entender a lo que ella se dedicaba, de lo que resultó que se sintieran halagados por tal interés en sus costumbres.

Los manus resultaron un pueblo fascinante; tan fascinante, de hecho, que veinticinco años después la doctora Mead realizó una segunda visita a sus pueblos de la laguna con el fin de estudiar los efectos en sus vidas del contacto durante el tiempo de la guerra con japoneses, estadounidenses y australianos. Los manus, tal y como ella los vio al principio, eran formales y muy estrictos, sin ninguno de los hábitos relajados que el lego con frecuencia, y erróneamente, asume como característica del noble salvaje. Muchas de sus costumbres reflejaban, a una escala primitiva, los patrones psicológicos dominantes de los compatriotas de la doctora Mead: tenían una mente comercial; la mayor parte de sus artes y ceremonias las importaban de sus vecinos; eran en extremo puritanos (al grado que

las tribus vecinas los describen jocosamente “como los mismos misioneros”); rendían culto al éxito; eran individualistas a ultranza; desconfiaban de las “lumberas”, tasando la fuerza de la personalidad por encima de la inteligencia; tenían una fuerte idea del pecado y vestían a sus mujeres con recato —siendo la idea no hacerlas sexualmente atractivas sino exhibir su riqueza—; no tenían sentido del romance, no tenían canciones de amor, ni idea de la fantasía o de la imaginación; sus hijos estaban echados completamente a perder y proclives a las locuras. El único aspecto en el que diferían muchísimo de la mayoría de otros pueblos era en que invertían los roles sexuales familiares de costumbre. La madre manus era una persona de disciplina firme que se mantenía distante del afecto doméstico, en tanto que el padre manus representaba un papel “maternal”, sirviendo como el progenitor amoroso, comprensivo e indulgente. Esta peculiaridad social única le dio a la doctora Mead la oportunidad excepcional de comparar la psicología del niño manus con la del mundo exterior. Como la mayoría de los niños manus temían a sus madres y amaban a sus padres, la tendencia de los jóvenes era a identificarse con el padre —una circunstancia que llevó a un sano ajuste entre los chicos manus y a una frustración enorme entre las chicas manus. En el libro *Educación y cultura en Nueva Guinea*,² escrito al regreso de su primer viaje a la isla, la doctora Mead trazó una serie de comparaciones interesantes entre el sistema de relaciones familiares de los manus y de los estadounidenses, lo que le permitió encontrar que el típico muchacho estadounidense se encontraba en un dilema en relación con la chica manus, deseando desesperadamente afirmar su masculinidad frente al poder de la “imagen materna” con la que se identificó durante su infancia. Los varones estadounidenses, concluyó, son más inquietos que las mujeres estadounidenses porque sienten una enorme necesidad de diferenciarse de sus madres, y ciertos campos de actividad —notablemente las artes— están más o menos desacreditadas como empresas masculinas en Estados Unidos debido a que en buena medida son preocupación del sexo con el que el varón no se puede identificar sin comprometer su masculinidad. “Los conceptos de masculinidad están diluidos en el joven norteamericano”, escribió. “Nuestros chicos están condenados a aproximarse a una idea genérica floja de *virilidad*, en lugar de a un número interesante de *hombres conocidos*”. El padre estadounidense, continuó, no está lo suficientemente cerca de sus hijos, y de ahí que el varón estadounidense tenga que gritar para manifestar su



² *Growing Up in New Guinea. A Comparative Study of Primitive Education*, Nueva York, Blue Ribbon Books, 1930. (N. del T.)

masculinidad; en general, a la mujer estadounidense le va mucho mejor y se siente más segura en su papel en la vida.

La sociedad manus, en su comercialismo y puritanismo y en su tendencia a producir mujeres frustradas, tenía sus retrocesos, pero sus actitudes realistas y prácticas predominantes la mantenían abierta a la influencia de ideas progresistas, y cuando la doctora Mead realizó su segunda expedición para estudiarla se quedó impresionada ante el caso con el que asumió las costumbres de la civilización del siglo XX. La sociedad había perdido buena parte de su antiguo rigor, las monedas habían reemplazado a los dientes de perro y los fuertes instintos mercantiles de los manus los habían hecho incorporarse felizmente a la banca. Una gran figura política —una especie de Atatürk manus— había llevado a su pueblo a una occidentalización más o menos completa. Los pantalones habían reemplazado a los paños y hasta usaban corbatas. El cambio, como señaló cuidadosamente la doctora Mead, fue eminentemente exitoso porque no fue con parches sino un ajuste radical y completo a las formas del mundo moderno; los manus, por su propia y entusiasta elección, se habían transformado en niños de diez de la sociedad civilizada. Al recordar hoy ese cambio, la doctora Mead tiende a verlo como un modelo de lo que puede lograr un pueblo primitivo en una sola generación, y señala que comporta lecciones muy pertinentes para buena parte de nuestro mundo.³ “A fin de cuentas”, señaló hace poco, “tenemos África entera para pensar”.

Tres años después de su primera visita a los manus, la doctora Mead volvió a Nueva Guinea a investigar tres tribus opuestas, lo que informó en *Sexo y temperamento*.⁴ El primero de ellos, un pueblo conocido como el arapesh, era un grupo pacífico, amante del sentido del humor, cooperativo, nada agresivo y dedicado a la vida en familia en la que ambos padres cuidaban tierna y solícitamente a los niños. El segundo, los mundugumor, era un grupo tan desagradable como grandes eran las ganas de los antropólogos de encontrar algo así. Eran cazadores de cabezas y caníbales, al parecer siempre estaban iracundos, y toda su estructura social descansaba en la hostilidad. Despreciaban cualquier forma de amabilidad y sólo sobrevivían los niños más capaces. El sexo para ellos era casi un asunto de violación y los adolescentes varones con frecuencia demostraban su virilidad matando ceremonialmente a un cautivo proveniente de alguna tribu vecina. Los mundugumor eran polí-



³ *New Lives for Old: Cultural Transformation – Manus, 1928-1953*, Nueva York, Morrow, 1956. (N. del T.)

⁴ *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*, Nueva York, Perennial, 1935. (N. del T.)

gamos y con frecuencia se robaban y peleaban por las esposas de los demás. Sus vínculos más cercanos eran entre padre e hija, y el incesto era común. Para empeorar las cosas, los mundugumor, según la leyenda de la tribu, alguna vez tuvieron una mejor conducta, y esto les creaba una enorme sensación de culpa. Eran diametralmente opuestos a los arapesh. La tercera tribu, los tchambuli, practicaba la caza de cabezas ceremonial —matar criminales o huérfanos comprados a sus vecinos con ese fin—, pero no eran particularmente belicosos, y el poder en su organización social lo ejercían las mujeres en la tribu. Estas últimas eran independientes, alegres, con un amplio sentido del humor y rudas. Los hombres, por otra parte, eran grandes actores y fingidores, parecidos a los miembros de una *troupe* de ballet, y la mayor parte de su energía estaba dedicada al arte: tallar, construir canoas, levantar casas hermosas y demás. Los hombres hacían la compra pero las mujeres guardaban el dinero, y, al casarse, las mujeres eran las que elegían. Esta inversión de la costumbre sexual tenía algunos raros resultados. El travestismo era común y los hombres más jóvenes mostraban evidencias de desajuste incurriendo en arranques irracionales de ira y violencia.

Las tres tribus le dieron a la doctora Mead un laboratorio excelente para comparar sistemas de conducta radicalmente distintos de los sexos. El ideal arapesh parecía consistir en un apacible hombre responsable casado con una apacible mujer responsable; el ideal mundugumor, en un hombre agresivo y violento casado con una mujer agresiva y violenta; y el ideal tchambuli, en una mujer dominante, impersonal, manejadora, casada con un hombre irresponsable, emocionalmente dependiente. “La naturaleza humana”, concluyó, “es casi increíblemente moldeable”. Como los atributos “femeninos” de la pasividad, ternura y solicitud hacia los niños eran característicos de los hombres arapesh y estaban prácticamente ausentes en ambos sexos entre los mundugumor, la doctora Mead razonó que ya no existía base alguna para considerar cosas como la pasividad y la agresión como algo vinculado al sexo; al revés, parecerían ser el resultado del condicionamiento social. Más aún, si bien ciertos patrones de conducta los compartían hombres y mujeres, sin distinción de sexo, en dos de estas tribus, los tchambuli habían establecido diferencias claras en las conductas de los sexos, aunque ellos invirtieran la imagen que nosotros consideramos normal. Si la homosexualidad era desconocida entre los igualitarios sexuales de los arapesh y los mundugumor, una alta incidencia de neurosis, cuando no de homosexualidad, era evidente entre los diferenciados sexualmente de los tchambuli. Aparentemente existían muchas razones para inferir que el desequilibrio emocional era una característica de sociedades en las que los roles

Si la homosexualidad era desconocida entre los igualitarios sexuales de los arapesh y los mundugumor, una alta incidencia de neurosis, cuando no de homosexualidad, era evidente entre los diferenciados sexualmente de los tchambuli.

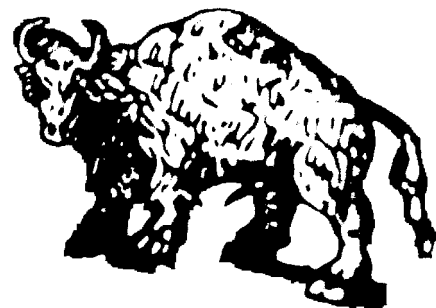
Escarbando en la infancia en busca de las raíces de este curioso fenómeno, la doctora Mead encontró que la esquizofrenia balinesa se cultivaba intencionalmente en la infancia.

de los sexos estaban bien marcados y la doctora Mead aplicó la idea de que la personalidad sexual se produce socialmente para el fascismo moderno, el cual contrasta los sexos, y para el comunismo moderno, que busca minimizar el contraste; en cuanto a nuestra propia sociedad democrática, ella encontró que se encuentra en un lugar ambiguo entre ambos. Para gran desaliento de la doctora Mead, las feministas empezaron a citar estridentemente *Sexo y temperamento* como prueba de que todas las diferencias entre los sexos son tan sólo el resultado de artificiales convenciones sociales impuestas por los hombres, y se convirtió en lo que ella refiere hoy como “mi libro más mal entendido”. La propia doctora Mead es todo menos feminista y se irritó muchísimo con el uso que se les dio a sus conclusiones sobre ciertos fenómenos psicológicos. Ella insistió en que ella se había limitado a informar sobre y a sacar conclusiones a partir de la conducta de tres sociedades primitivas sumamente interesantes, y que, como buena científica, no había tomado partido alguno.

La siguiente expedición de la doctora Mead, en 1936, fue a Bali, isla que los turistas sentimentales pintan con frecuencia como un paraíso tropical colmado de las criaturas divinas más dichosas y serenas. Su aguda mirada antropológica no encontró tal cosa. Tras una ardua investigación, realizada junto con un colega inglés, Gregory Bateson, con quien se casó durante la expedición, concluyó que los balineses eran una raza de esquizofrénicos que vivían en una sociedad dominada por el miedo. Este miedo se expresaba en una vida ritual cuyas rígidas formas y ceremonias eran una especie de garantía de la seguridad. El carácter de la gente de Bali, según ella, era sumamente complejo y reflexivo, en el que el elaborado gesto formal sustituía a la emoción espontánea y en el que la actitud prevaleciente era la de un alejamiento fantasioso del mundo; en casos extremos este alejamiento conducía a la enfermedad y a trances. El cuerpo balinés estaba hecho para los movimientos rituales que le daban la apariencia de una marioneta manipulada cuidadosamente desde fuera, y casi todas las conductas públicas tenían un aire de teatralidad y de irrealidad en obediencia a un molde. Escarbando en la infancia en busca de las raíces de este curioso fenómeno, la doctora Mead encontró que la esquizofrenia balinesa se cultivaba intencionalmente en la infancia. En cierto momento en la vida del infante, la madre balinesa empezaba a frustrar sus impulsos de manera sistemática, engañándolo con la espera de alguna recompensa y luego no dándosela. Para cuando el niño tenía tres años ya se había retirado a su propio mundo, abandonando cualquier esperanza de afecto materno y refugiándose en ocasiones en un estado como de trance. En términos generales, los padres balineses eran más benignos que las madres, aunque no tanto como para impedir que su hijo se

apartara por completo de la realidad y de las emociones genuinas. Las famosas danzas de Bali eran un reflejo de la experiencia sexual y familiar balinesa. Su carácter dominante era la bruja de Bali, la cual traía el desastre a la humanidad, símbolo de la madre negadora balinesa. También había una imagen paterna en la forma de un dragón enorme, amable y bastante anodino, quien se oponía persistentemente a las maquinaciones de la bruja. Como lo señalan numerosos viajeros, estos dramas tenían en ellos una cierta elegancia estética, pero esta elegancia no podía ocultar su significado psicológico básico.

En todo su trabajo de campo en los trópicos del Pacífico, la doctora Mead trató de meterse lo más a fondo posible en la vida de sus sujetos, adoptando sus actitudes psicológicas, respetando escrupulosamente sus tabúes y jugando con sus niños. En el desarrollo de sus estudios aprendió siete lenguas de los Mares del Sur, además del “neomelanesio” (“palabra rara para el limitado idioma inglés”) y tiene numerosas fotos de ella misma en el papel de la típica samoana desobligada, en el de la típica balinesa esquizofrénica y demás. “Claro que había límites”, comentaba hace poco. “No podía andar completamente desnuda, por ejemplo”. Pero salvo este alejamiento del sastre, en la medida de sus posibilidades como fuereña se las arregló para ser parte de la sociedad primitiva. Siempre llevaba consigo gran cantidad de comida enlatada, pero por lo general subsistía con la comida del lugar el mayor tiempo posible antes de recurrir a esta reserva. Una vez logró evitar comer cerdo crudo explicando que el cerdo era el tótem de su familia y que por lo tanto para ella era un tabú. Cumplió con diligencia todos los tabúes locales relacionados con las mujeres (la mayor parte de su material sobre ritos masculinos secretos lo obtuvieron sus colaboradores varones), incluido el tabú manus que prohíbe a una mujer sin hijos presenciar un parto; no fue sino hasta después de que ella dio a luz a una hija (Catherine Bateson) a su regreso a Bali en 1939 que se liberó de esta consciente obediencia. Enseñó a nadar a Catherine a los cuatro años, como los niños manus, pues tenía que vigilar que no se metiera a nadar en lo hondo. Asimismo, adoptó una costumbre samoana de criar a Catherine entre hordas de otros niños en una amplia comunidad de adultos que eventualmente podían fungir como padres. Catherine vivió de los cuatro a los quince años en la agitada casa de Greenwich Village que su madre compartía con la abundante familia del señor Lawrence K. Frank y señora —siendo él un ejecutivo de la fundación, un educador y un viejo colega— y pasó veranos igualmente gregarios cerca del lago Squam, en New Hampshire, en donde la doctora Mead estaba rodeada por una colonia de psicólogos, sociólogos y miembros de su profesión. Catherine, al parecer, floreció bajo este tratamiento. Fue a Brear-



ley School, en Nueva York, y acabó la preparatoria (habiendo aprendido hebreo) en Israel, donde la doctora Mead realizaba trabajo sociológico para el gobierno israelí. Luego de graduarse en Radcliffe, Catherine se casó con un ingeniero armenio llamado Barkev Kassarian, quien había estudiado en Boston. Hoy ambos estudian su posgrado en Cambridge, él en la Harvard School of Business Administration y ella en Radcliffe, en donde se especializa en lenguas del Medio Oriente.

Durante la [Segunda] Guerra [Mundial], los Mares del Sur estaban demasiado agitados para expediciones de campo y la doctora Mead dirigió sus admirables energías hacia varias agencias del gobierno de Estados Unidos, mientras preparaba un libro sobre las costumbres estadounidenses y dirigía la investigación para un libro titulado *Soviet Attitudes Toward Authority*. Como crítica de la sociedad de Estados Unidos, en libros como *Masculino y femenino* y *And Keep Your Powder Dry*,⁵ se basó libremente en sus experiencias en los Mares del Sur y trató su propia cultura con la misma objetividad que puso en sus estudios sobre las sociedades primitivas. Aquí se metió en un campo por lo general asignado a la ciencia vecina de la sociología, pero su punto de vista siguió siendo antropológico en tanto que siguió el conocidísimo *dictum* de su maestra Ruth Benedict: “la cultura es personalidad en grandes palabras”. La doctora Mead encontró que el carácter estadounidense estaba bien organizado y seguía ciertas líneas definidas, ninguna de ellas necesariamente admirables ni necesariamente malas sino coherentes y, en su opinión, muy fascinantes. Señaló que los estadounidenses reverencian el mito de una “tierra natal”, que sus casas y sus organizaciones de veteranos crean una sensación de seguridad al poner el énfasis en el pasado común, que el estatus, en su tan fluida sociedad, depende no del nacimiento sino del logro, y que las clases han sido reemplazadas por muy temporales y numerosos órdenes. Los estadounidenses, según ella, pasan mucho tiempo preocupándose de si son felices y tienden a conformarse de un terror mortal de que en realidad son “diferentes”. El éxito ejerce en ellos una tremenda atracción, lo que sería incomprensible para los balineses o los arapesh. Sienten que deben lograr algo para ser amados e incluso entonces no están seguros de ser realmente amados. Los niños estadounidenses tienen mucho menos contacto con sus padres que los niños de tribus primitivas. A los niños estadounidenses se les dan objetos (botellas, chupones y juguetes) que en buena medida toman el lugar del contacto físico con la



⁵ *Male and Female. A Study of the Sexes in a Changing World*, Nueva York, Perennial, 1949, y *Keep Your Powder Dry: An Anthropologist Looks at America*, Nueva York, William Morrow & Company, 1942. (N. del T.)

madre. En su educación, el énfasis está en la competencia con otras personalidades, no en las relaciones entre los sexos, y resultado de esto es que al parecer el sexo es más importante que la propia sexualidad. ¿Son buenas o malas estas cosas? El responderlo no está en el espacio del antropólogo. Aún así, la doctora Mead está convencida firmemente de que el entendimiento obtenido por medio de las ciencias sociales un día ha de salvar al mundo. “Todavía no hemos aprendido que debemos proteger a nuestros enemigos”, señaló hace poco. “Hoy en día nadie puede salvar una sociedad muriendo por ella, no quedaría nada por salvar”. El gran tema ahora es la sobrevivencia de la humanidad. Llega el tiempo de que nosotros seamos responsables de los niños rusos y de que ellos lo sean por los nuestros. Las ciencias humanas tienen mucho que aportar en este ámbito”.

En este momento la doctora Mead, junto con la doctora [Rhoda Bubendey] Metraux, está metida en un complejo estudio sobre los conceptos del espacio y el tiempo y lo desconocido según se les concibe en diferentes sociedades. Estos conceptos, por lo que han encontrado, se funden de manera distinta entre pueblos distintos, que con frecuencia piensan en uno en los términos del otro. Algo que sin duda emergerá de este proyecto es otro libro, y al igual que todas las obras de la doctora Mead, ha de crear controversia dentro y fuera de los círculos profesionales. Mientras tanto, ella sigue tan ocupada como siempre, preparando un libro sobre la evolución cultural basado en las conferencias que Dwight H. Terry impartió en Yale en 1957, trabajando en su departamento en el museo, viajando por el país en favor de la World Federation for Mental Health y otras agencias de salud mental y realizando lo que ella refiere como “un camión de carga de tareas que provienen de la acumulación de cuarenta años de participación”, carga que consiste en estar en contacto con viejos amigos, mantenerse al día con los avances de su ciencia, leer los esfuerzos de los antropólogos jóvenes y participar en innumerables juntas de consejos y comités. “Por fortuna”, dice, “no distingo entre el trabajo y el placer, y rara vez me veo obligada a hacer algo que no quiera hacer”. Hace ocho años, cuando estaba por regresar de su último viaje con los manus, esos nobles salvajes observaron, con afortunado e ingenuo desinterés por la galantería, que la doctora Mead parecía una tortuga anciana que se dirigiera al mar para morir. Pero la doctora Mead, a los sesenta, no se siente como una tortuga anciana. De hecho, está muy interesada en la idea de visitar nuevamente a los manus y a los balineses, llevando consigo el equipo mejorado que la ciencia pone constantemente en las manos de los académicos. “Voy al ritmo de la tecnología moderna”, exclamó con gusto el otro día.

Hace ocho años, cuando estaba por regresar de su último viaje con los manus, esos nobles salvajes observaron, con afortunado e ingenuo desinterés por la galantería, que la doctora Mead parecía una tortuga anciana que se dirigiera al mar para morir.



Primera Comisión de Estudio de Puntos Constitucionales: Hilario Medina, Paulino Machorro Narváez, Heriberto Jara y Arturo Méndez; en la esquina Agustín Garza González. Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH/INAH. Fondo Carranza. Historia Gráfica del Gobierno Constituyente, celebrado en Querétaro de Arteaga, del 20 de noviembre de 1916 al mes de febrero de 1917.